

EL MAR DE HIELO.

Habia citado á Payot para el día siguiente á las diez de la mañana, el paseo que debíamos de hacer era de seis á siete leguas de ida y vuelta; vino á buscarnos cuando acabamos de almorzar; habia estado la víspera, y cuando nos dejó fué á acompañar á Balmat un corto trecho, y le habia dejado muy satisfecho de mí, y me prometió venir á visitarme al anochecer.

A la salida del pueblo, Payot se quedó atrás para hablar con una mujer que encontró; como el camino se dividía á los cien pasos, nos paramos ignorando cuál de los dos caminos era preciso tomar; apenas Payot nos vió indecisos, vino á nosotros, y nos dijo para excusarse de la duda momentánea en que nos habia puesto:

— Estaba hablando con María.

— ¿Quién es esa María?..

— Es la única mujer de la tierra que haya jamás subido al Monte Blanco.

— ¿Cómo es eso, esa mujer? Me volví para mirarla.

— Sí, esa mujer es un huron, imaginaos que en 1811 los habitantes de Chamouny se dijeron una mañana: bueno y hermoso es el conducir todos

los días á los extranjeros á la cumbre del Monte Blanco por gusto suyo, ¡si subiésemos un día solo por el nuestro! Dicho y hecho, convinieron que al domingo siguiente, si hacia buen tiempo, los que quisiesen hacer parte de la caravana se reunirían en la plaza. A la hora citada, Jaime Balmat, que habíamos hecho nuestro capitán, nos encontró á todos reunidos; éramos en todos siete incluso él: los cuales eran Víctor Terraz, Miguel Terraz, María Frasseron, Eduardo Balmat, Jaime Balmat y yo. Al tiempo de marchar, nos sorprendió el ver dos mujeres que llegaban para hacer la ascension con nosotros. La una de ellas, llamada Eufrosina Ducrop, daba el pecho á un niño de siete meses. Balmat no quiso recibirla en la compañía; la otra que es la que acabais de ver, no estaba aun casada, y se llamaba María Paradis. Jaime Balmat se aproximó á ella, la tomó las dos manos y la miró fijamente.

— ¿Pero qué, hija mía, estais decidida á venir con nosotros?

— Sí.

— ¿Es que no necesitamos lloriqueos, lo entendéis?

— No haré mas que reír en todo el camino.

— No exijo eso, puesto que siendo yo un lobo viejo de la montaña, no me comprometeria á hacerlo, únicamente se os pide el que seais valiente y tengais ánimo; si os sentís con valor para marchar, dirigíos á mí, y aunque hubiese que llevaros sobre mis espaldas, os prometo que ireis á donde vayan los demás; ¿lo entendéis?

— Bien, contestó María tendiéndole la mano.

Arreglados todos de este modo emprendimos el viaje.

Al anochecer, como de costumbre, se acostaron en las Grandes-Mulas: como las jóvenes tienen el sueño agitado, y que soñando hubiesen podido caer en el barranco, del cual os ha hablado Balmat, la pusimos entre nosotros, cubriéndola con vestidos y mantas; pasó por consiguiente una noche bastante buena.

Al día siguiente, al amanecer todo el mundo estaba levantado; cada uno sacudió sus orejas, se soltó los dedos y emprendimos la marcha; muy pronto llegamos á un sitio escarpado, y nos encontramos delante de una especie de pared de mil doscientos á mil cuatrocientos piés de altura, y cuando digo una pared, bastará que os explique el modo con que la subimos para que convengais que nada exagero en esto. Jacobo Balmat, que subía el primero, no podía bajarse bastante para dar la mano al segundo de nosotros; entonces le alargó la pierna, sosteniéndose con su palo metido en el hielo, hasta que el segundo guía, agarrándose á su pierna procuró coger el baston. En seguida Balmat tomando otro baston de las manos del segundo guía, lo ponía mas alto y recomenzaba la misma manobra, que esta vez se extendía del segundo al tercero, y á medida que subían despues, del tercero á los demás, formando un camino pegado al hielo como un reguero de hormigas contra la pared de un jardin.

— Y María, interrumpi yo, ¿ á quién alargaba la pierna?

— ¡ Ah! María subió la última, contestó Payot; además nosotros no estábamos para mirar nada. Unicamente nos hacíamos cargo, que si el primer baston llegaba á romperse, caíamos todos y á medida que subíamos, reflexionábamos mas y mas sobre esto; en fin, no hubo que deplorar ninguna desgracia, y ni aun á María le sucedió nada; pero apenas llegamos arriba, fuese cansancio de la subida, ó por medio de reflexion, sintió que sus piernas le flaqueaban; entonces se aproximó riendo á Balmat, y le dijo en voz baja á fin de que los otros no lo oyesen: Mas despacio, Jaime, el aire me falta; haced como que sois vos el que está causado. Balmat siguió mas despacio, María se aprovechó de esta pausa para comer nieve á puñados, en vano la dijimos que la crudeza de la nieve la haría daño en el estómago. Era como si hablásemos al aire. Al cabo de diez minutos empezó á desfallecer; Balmat no bien lo vió llamó á otro guía, la tomaron en los brazos y la ayudaron á andar. En aquel momento, Víctor Terraz se sentó y dijo: que ya no podía dar un paso mas. Balmat me hizo señas para que fuese á tomar el brazo de María en lugar suyo, se fué hácia Terraz que ya empezaba á dormirse y le sacudió vigorosamente.

— ¿ Qué me quereis? dijo Terraz.

— Quiero que vengas.

— Y yo quiero quedarme, soy libre de hacerlo.

— Te engañas.

— ¿ Me quereis decir porqué?

— Porque hemos salido siete y todos saben que somos siete los que hemos salido, y en llegando á

la llanura nos podrán distinguir desde Chamouny las gentes del pueblo; verán entonces que no somos mas que seis; creerán que ha sucedido alguna desgracia á alguno, y como no sabrán á cuál, pondrán en consternacion á siete familias.

— Teneis razon, Balmat, dijo Terraz levantándose.

No se unieron á nosotros los dos rezagados hasta llegar á la punta del Montè Blanco. María estaba casi desmayada; sin embargo, se reanimó un poco y dirigió la vista al inmenso horizonte que se descubria, la dijimos riendo que la dábamos por dote todo el país que pudiese descubrir. Entonces Balmat añadió: ya que está dotada es necesario casarla: señores, ¿quién es el guapo que quiera casarse aquí?

— Nadie se presentó, excepto Miguel Terraz que me pidió media hora para reflexionarlo.

Como no podíamos estar mas que diez minutos poco mas ó menos, no se pudo aceptar la proposicion; así es, que en seguida que hubimos visto aquello, Balmat nos dijo: hijos míos, esto es muy bueno, muy hermoso, pero el tiempo pasa. En efecto, el sol se marchaba, y nosotros hicimos lo mismo.

A la mañana siguiente cuando descendimos á Chamouny nos encontramos todas las mujeres del pueblo que esperaban á María para preguntarla detalles sobre su viaje: ella contestó que habia visto tantas cosas que seria muy largo contarlas; pero que si tenian curiosidad de conocerlas, no tenian que hacer, mas que hacer ellas mismas el viaje. Ni una siquiera aceptó.

Desde este tiempo, María ha quedado la heroína de Chamouny como Jaime es el héroe, y dividen entre sí la curiosidad de los extranjeros y el sobrenombre de Monte Blanco. A cada nueva ascension va á establecerse un poco mas arriba de la aldea de Cote, y allí prepara una comida que los viajeros nunca dejan de aceptar á la vuelta, y huéspedes y convidados con el vaso en la mano brindan por los peligros del viajero y el buen éxito de las nuevas ascensiones.

— ¿Suelen suceder algunas desgracias? pregunté.

— A Dios gracias, me respondió Payot, nunca ha habido mas que guías que han muerto. Dios ha preservado siempre á los viajeros.

— Efectivamente, Balmat hablaba ayer de un barranco en que cayó Coutet; pero me parece que entendí que lo habian sacado.

— Es verdad, aunque vió la muerte bien cerca, está hoy dia tan sano y fuerte como yo; pero otros tres quedaron sepultados con doscientos piés de nieve sobre el cuerpo; así en las noches claras se ven revolotear tres llamas encima del barranco donde están sepultados; son sus almas que reviven, pues no es una sepultura cristiana un ataúd de hielo y una mortaja de nieve.

— ¿Y cuáles son los detalles de ese suceso?

— Escuchad, caballero, me dijo Payot, con una repugnancia marcada, probablemente antes de salir de Chamouny encontrareis á Coutet, él mismo os la contará; en cuanto á mi, no era de la expedicion. Vi que la impresion que le dejaba el recuerdo

de este accidente era tan profunda y triste que no tuve valor para insistir; por otra parte él se apresuró á distraer mi atencion de este objeto, haciéndome notar una fuentecita que corre á la derecha del camino.

— Es la fuente de Caillet, me dijo.

La miré con atencion, y como no encontrase nada de extraordinario, metí la mano pensando que seria un manantial mineral; estaba fria, entonces la probé creyendo seria ferruginosa; tenia el gusto del agua ordinaria.

— Y bien, dije levantándome: ¿qué es la fuente de Caillet?

— Es la fuente que Mr. de Floriant ha *inmortalizado* haciendo pasar en su orilla la primera escena de su novela Claudina.

— ¡Ah! ¡ah! diablo, y no tiene otro atractivo á la curiosidad de los viajeros?

— No, señor, sino es el que está situada á la mitad del camino de la subida de Chamouny al Mar de Hielo.

— ¿A mitad del camino?

— ¡Justo!

— Amigo mio, ¿quereis que os dé un consejo?

— Con mucho gusto, caballero.

— Pues bien, es el de no olvidar jamás por la inmortalidad de vuestra fuente el añadir, como ahora mismo habeis hecho, el segundo título al primero; vereis á cuál de los dos se muestra mas sensible el viajero.

En efecto, el camino de Montauvert es uno de los mas execrables que yo he hecho, pero sobre todo

hacia fines del año. Cuando la gente de á pié y las mulas lo han estropeado, las partes estrechas del camino se van desigualando y dejando de ser plana la superficie convirtiéndose en un plano inclinado, es como si se marchase por un tejado de una altura de dos mil piés; un paso en falso, una distraccion, un punto de apoyo que falte, le hace á uno rodar hasta el torrente de Aveyron que se oye rugir en el fondo del precipicio precediéndole siempre, como para enseñarle á uno el camino, las piedras que al mas leve movimiento pierden su equilibrio y cuyo peso las arrastra. Por este feliz camino tiene uno que trepar mas bien que subir durante tres horas casi. Despues se descubre una casa perdida entre los árboles; es la venta de las Mulas; veinte pasos mas allá se alza una casita dominando el Mar de Hielo, es la posada para los viajeros. Si no temiese el pasar por parcial por la especie humana, añadiria tambien que allí son tratados mejor los cuadrúpedos, que los bípedos, en atencion á que para aquellos hay su cuadra, paja, avena, heno y salvado, lo cual para ellos equivale á una comida de cuatro principios, mientras que los bípedos no pueden conseguir en la posada mas que leche, pan y vino, lo que no equivale á un mal desayuno.

Por otra parte, la primera necesidad que se siente al llegar á la cima, no es el hambre, sino el deseo de abarcar de una sola ojeada aquella vasta naturaleza que os rodea: á derecha é izquierda el pico de Charmoz y la Aguja del Dru, que se lanzan hácia el cielo cual si fuesen los pararrayos de la montaña, enfrente el Mar de Hielo, un océano congelado en

medio del trastorno de una tempestad, con sus olas de mil formas, que se levantan á sesenta ú ochenta piés de alto, y sus grietas que se hunden á cuatrocientos ó quinientos piés de profundidad. Al cabo de un instante de esta vista ya no os hallais en Francia ni estais en Europa, os encontrais en el Océano Artico, mas allá de la Nueva Zelandia, sobre un mar polar, á las inmediaciones de la bahía de Baffin ó del estrecho de Bering.

Cuando Payot creyó que habíamos contemplado bastante de lejos el cuadro que se desarrollaba debajo de nosotros, juzgó que ya era tiempo de hacernos poner los piés en el lienzo: en su consecuencia comenzó á bajar hácia el Mar de Hielo que entonces dominábamos á la altura de sesenta piés, por un camino mucho mas estrecho que el de Montauvert, á tal punto que dudé un momento de si seria mejor servirme de mi palo como de un balancin para sostener el equilibrio ó como de un punto de apoyo. En cuanto á Payot, caminaba como por un camino real, sin cuidarse de mirar atrás para ver si yo le seguia.

— Decidme, valiente, le grité yo al cabo de un minuto, dándole un epíteto que en aquel momento no me podia convenientemente aplicar á mí mismo; decidme, ¿que no hay otro camino?

— ¡Toma! ¿y os habeis sentado? me dijo: ¿qué diablos haceis ahí?

— ¡Ah! ¿que qué hago? le respondí: se me va la cabeza, y ¡vive Dios! ¿Creeis que yo ye nacido encima de la veleta de algun campanario? Vaya, me gusta la chanza! Vamos, venid á darme la mano, no tengo amor propio ni vanidad.

Payot volvió á subir hácia mí y me alargó la punta de su palo, gracias á este auxilio bajé felizmente hasta la roca, situada á siete piés casi encima de un círculo de arena fina que rodea el Mar de Hielo. Llegado allí exhalé un ¡ah! muy prolongado, tanto por respirar como por la satisfaccion que tenia de hallarme en una plataforma, pues recobrando el amor propio á medida que el peligro se habia alejado, traté de probar á Payot que si yo trepaba mal, saltaba bien, y con aire desembarazado y sin decir nada, á fin de gozar el efecto que produciria en él mi agilidad, salté desde la roca á la arena.

Lanzamos dos gritos que no hicieron mas que uno, él, porque me veia hundir, y yo porque me sentia hundirme; pero como no habia soltado mi palo, lo coloqué atravesado como lo habia hecho alguna vez y en iguales circunstancias con mi fusil cazando en las lagunas. Este movimiento instintivo me salvó, pues Payot tuvo tiempo de alargarme su palo, que primero agarré con una mano y luego con la otra, y tirando hácia sí como se saca un pez con la caña, volvió á colocarme sobre la roca.

Cuando estuve en pié,

— ¿Estais loco? me preguntó: ¿quién os hace saltar en un sumidero?

— ¡Vive Dios! idos al diablo vos y vuestro maldito país, en que no se puede dar un paso sin estar expuesto á romperse la cabeza ó á quedar sepultado. ¿Conozco yo acaso vuestros sumideros?

— ¡Bueno! otra vez los conoceréis, me respondió

tranquilamente Payot; solo tendré el gusto de decirnos que si no hubiésemos atravesado el palo, os hubiérais hundido debajo de la nevera, de donde no hubiérais vuelto á salir probablemente hasta el verano que viene, por el torrente de Aveyron. ¿Ahora quereis venir al jardín?

— ¿Qué jardín es ese?

— Es una pequeña lengua de tierra vegetal, en forma de triángulo, que está situada al norte de la nevera de Taletre y que forma la parte mas baja de esas altas puntas de montañas llamadas las Rojas.

¿Las veis allá abajo?

— Sí, muy bien. ¿Y qué se hace allí?

— Nada.

— Entonces ¿porqué se va?

— Para decir que se ha estado.

— Pues, amigo mio, yo no lo diré, y hemos concluido.

— ¿Pero á lo menos bien querreis dar una vueltecita por el Mar de Hielo?

— Estoy á vuestra disposicion, porque sé correr patines.

— No importa; dadme siempre el brazo, no sea que hagais alguna nueva imprudencia.

— ¡Yo! no lo creais, he salido de una, y no volveré á meterme en otra. Estad seguro que os seguiré como vuestra sombra.

Le cumplí, ó mas bien me cumplí religiosamente la palabra: anduvimos, yendo él delante y yo detrás, casi un cuarto de legua sobre aquel mar, cuya extension no puede medirse hasta hallarse en medio de sus olas, cuyos horribles crujidos parecen quejas

desconocidas que suben desde el centro de la tierra hasta su superficie. Yo no sé si acaso por efecto de una organizacion mas impresionable y nerviosa que la de los demás, en medio de aquellos grandes trastornos de la naturaleza, aunque se me demostró que no corria riesgo alguno real, experimenté una especie de espanto físico al verme tan pequeño y perdido en medio de tan grandes cosas; un sudor frío cubrió mi frente, palidecí, se me alteró la voz, y si no me hubiese evitado aquel malestar alejándome de los sitios que lo producian, hubiese concluido por desmayarme. Así aunque no tenia ningun miedo, puesto que no habia peligro alguno, sin embargo, no pude permanecer en medio de aquellas grietas abiertas á mis piés y de aquellas olas heladas suspendidas sobre mi cabeza: tomé el brazo de mi guía y le dije:

— Vámonos.

Payot me miró.

— En efecto, ¡estais pálido.

— No me siento bien.

— ¿Qué teneis?

— Me mareo.

Payot se echó á reir y yo tambien.

— Vamos, añadió, no estais muy malo cuando os reís, bebed un trago y eso os repondrá.

— En efecto, apenas hube puesto el pié en tierra se me pasó la indisposicion. Payot me propuso el seguir la orilla del Mar de Hielo hasta llegar á la Piedra de los Ingleses. Preguntéle qué piedra era aquella.

— ¡Ah! me dijo, la hemos llamado así porque los dos primeros viajeros que llegaron hasta aquí, sor-

prendidos por la lluvia, se han refugiado debajo de la bóveda que forma, y han comido allí. Estos dos viajeros eran unos ingleses que en una excursión habían descubierto á Chamouny, cuya existencia se ignoraba, por hallarse colocado este lugar en un valle, donde sin necesidad de comercio exterior se encuentra todo lo necesario para la vida. Ignorábase de tal modo qué hombres habitaban aquel país desconocido, que entraron en él armados de piés á cabeza, junto con sus criados, pensando tener que habérselas con salvajes; en lugar de esto hallaron una gente que los recibió de buen corazón, y que ignorantes ellos mismos de las bellezas que los rodeaban no habían pensado jamás en explorar la sólida corriente de aquella Mar de Hielo cuya extremidad bajaba hasta el valle; el reconocimiento nos ha hecho consagrarles esta piedra donde encontraron un abrigo, porque viniendo aquí y diciendo los primeros al mundo entero lo que habían visto, han hecho la fortuna de este país.

Al acabar estas palabras Payot me enseñó una roca formando bóveda, sobre la que estaba grabada esta inscripción recordando los nombres de los viajeros y el año de su viaje .

POCOX Y WINDHEM, 1741.

Después de haber dado una vuelta en derredor de la piedra, tomamos el camino de la posada. Al entrar en el único cuarto de que se compone ví á un hombre de rodillas y con las manos en el suelo, que soplabá el fuego con la boca : Payot me deluvo en la puerta.

— ¿Queríais ver á María Coutet? me dijo.

— ¿Quién es María Coutet? respondí, tratando de acordarme.

— El guía que se vió arrastrado por un alud.

— Sí, sí, seguramente, tengo deseos de verlo

— Pues bien, es ese que sopla el fuego; desde que estuvo á punto de helarse se ha vuelto friolero como una marmota.

— ¡Cómo! es ese el hombre que cayó en la grieta de la gran llanura?

— El mismo.

— ¿Creeis que querrá contarme su desgracia?

— Ciertamente, aunque no sea una cosa alegre, es una cosa curiosa, y nosotros estamos aquí para satisfacer la curiosidad de los viajeros.

Aparenté no advertir la especie de amargura con que pronunció estas palabras. Llamé al amo de la posada, á fin de que trajese una botella de vino y tres vasos, los llené, y tomando uno en cada mano, me dirigí á Coutet.

Al oírme ir hácia él se levantó. Presentéle el vaso, que aceptó con una sonrisa que en el mundo no he visto tan cordial como en los habitantes de la Saboya.

— A vuestra salud, le dije, amigo mio, y que Dios quiera que no nos hallemos nunca mas en un peligro igual como el que habeis corrido!...

— ¿Querreis hablar de mi cabriola en la grieta? respondió Coutet.

— Precisamente.

— Lo cierto es (Coutet interrumpió la frase para apurar su vaso), lo cierto es que pasé un mal cuarto

de hora, continuó dejando el vaso sobre la mesa y enjugándose la boca con el revés de su mano.

— ¿Tendrais la bondad de decirme algunos detalles sobre este acontecimiento? le repliqué.

— Todos cuantos querais, caballero.

— Sentémonos entonces.

Dile el ejemplo que fué imitado, llené los vasos de los dos guias, y Coutet comenzó su relacion.

MARIA COUTET.

En 1820, llegaron á Chamouny el coronel inglés Anderson y el doctor Hamel, enviado por el emperador de Rusia para hacer experiencias meteorológicas sobre las montañas mas elevadas del globo. Apenas llegaron manifestaron su intencion de subir al Monte Blanco, y dispusieron todos los preparativos necesarios para aquella expedicion; ya se habian verificado antes nueve ascensiones sin suceder desgracia alguna (1).

(1) Los que las habian efectuado fueron:

8 de agosto de 1786, Jaime Balmat, de Chamouny.

8 de agosto de 1786, el doctor Paccard, de Chamouny.

3 de agosto de 1787, Mr. Saussure, de Ginebra.

9 de agosto de 1787, el coronel Beaufroy, inglés.

5 de agosto de 1788, Mr. Wobdley, inglés.

10 de agosto de 1802, el baron de Doorthesen, de Curlandia.

10 de agosto de 1802, Mr. Forneret, de Lausana.

10 de setiembre de 1812, Mr. Rhodas, de Hamburgo.

4 de agosto de 1818, el conde Matezeski, polaco.

19 de junio de 1819, el doctor Ronsalaer, americano.

19 de junio de 1819, Mr. Howard, americano.

13 de agosto de 1819, el capitán Hindrell, inglés.

Las ascensiones que han tenido lugar despues han sido hechas:

18 de agosto de 1822, por Mr. Federico Clissold, inglés.

4 de setiembre de 1822, por M. Jackson, inglés.

26 de agosto de 1823, por el doctor Edmundo Clarke, inglés.

26 de agosto de 1823, por el capitán Markham Sherwille, inglés.

El día señalado, hallaron listos los diez guías. Tocábame á mí el turno de ser guía en jefe: tomé el mando, pues, de la pequeña caravana: los que marchaban á mis órdenes eran Julian Devoisson, David Jolliguet, los hermanos Pedro y Mateo Balmat, Pedro Carriez, Augusto Terre, David Coutet, José Folliguet, Jaime Coutet, Pedro Fabret; trece entre todos, incluso los dos viajeros.

Pusimonos en marcha á las ocho de la mañana con buen tiempo, en apariencia; llegamos á las tres de la tarde á las Grandes-Mulas, donde nos detuvimos, porque sabíamos que nos faltaria bastante día para llegar á la cima del Monte Blanco, y que en lo mas alto no encontraríamos sitio favorable para hacer alto de noche. Nos sentamos por consiguiente en una especie de rellano donde todavía encontramos los restos de la cabaña que allí habia hecho construir Mr. de Saussure, y preparamos la comida, invitando á los viajeros á que comiesen para veinte y cuatro horas, pues á medida que irian subiendo, debian perder no solamente el apetito, sino aun toda posibilidad de comer. Despues de la comida se habló de las anteriores ascensiones, de las grandes dificultades, felizmente vencidas. Estos antecedentes nos daban esperanza y buen humor: el tiempo se pasó sin sentir, oyendo la relacion de los que ya habian hecho el viaje. Llegó la noche sin que hubiese un solo instante de duda, miedo ó fastidio; entonces nos estrechamos unos contra otros, sobre una capa de paja echando unas mantas; se hizo una tienda de campaña con las sábanas, y cada cual pasó una noche tanto buena como mala.

Al día siguiente por la mañana me desperté el primero, y levantándome en seguida, di algunos pasos fuera de nuestra tienda; una ojeada me bastó para ver que habíamos perdido el tiempo por aquel día, y volví á entrar meneando la cabeza.

— ¿Qué hay de nuevo, Coutet? me preguntó Devoisson.

— Hay, respondí, que el viento ha cambiado y viene de Mediodía.

En efecto, el viento soplabá de aquel lado arrojando delante la nieve como una polvareda. Al ver esto nos miramos unos á otros, y de comun acuerdo determinamos no pasar mas adelante. Esta resolución se llevó adelante á pesar de las instancias del doctor Hamel, que queria ensayar si se podría continuar el viaje; todo lo que pudo conseguir de nosotros fué que aguardaríamos á la mañana siguiente para bajar al lugar. El día se pasó tristemente, al principio no nevaba mas que en la cumbre del Monte Blanco, pero poco á poco empezó á bajar la nieve hasta el sitio en que estábamos, cual una amiga que cree deber venir hasta nuestra puerta para avisarnos del peligro.

Llegó la noche. Las mismas precauciones fueron tomadas que el día anterior, y la pasamos como habíamos pasado la primera. Amaneció el día; nos mostró el tiempo tan amenazador como la víspera; nos reunimos en consejo, y al cabo de diez minutos de deliberación resolvimos volvernos á Chamouny; dimos parte de esta resolución al doctor Hamel que se opuso formalmente. Estábamos á sus órdenes, nuestro tiempo y nuestra vida eran suyos, porque

los pagaba : no insistimos, pues, únicamente echamos á suerte para saber quiénes de nosotros se volverían á Chamouny para buscar mas viveres : designó la suerte á José Folliguet, á Jaime Coutel y á Pedro Fabret, que partieron inmediatamente

A las ocho de la mañana, el doctor Hamel cansado de la tenacidad del tiempo, no solo no se contentó con permanecer mas en donde estábamos, sino que se empeñó en continuar el viaje. Si á alguno de nosotros se le hubiese ocurrido esta idea, lo hubiésemos tomado por un loco y le hubiésemos amarrado las piernas á fin de que no pudiese dar un paso ; pero el doctor ignoraba los peligrosos caprichos de la montaña : nos contentamos, pues, con contestarle que hacer dos leguas solamente, á pesar de los avisos que el cielo y la tierra nos daban, era desafiar á la Providencia y tentar á Dios. El doctor Hamel dió una patada en el suelo y se volvió hácia el coronel Anderson, murmurando la frase *cobardes*.

Desde entonces no se pudo vacilar ; cada uno se puso á hacer sus preparativos de marcha silenciosamente : al cabo de cinco minutos pregunté al doctor si estaba pronto á seguirnos ; hizo señal que sí con la cabeza, porque aun nos guardaba rencor ; partimos sin aguardar á los compañeros que habían bajado al pueblo.

Contra toda probabilidad, el principio de nuestra marcha se hizo sin ningun accidente. Llegamos así al pequeño llano, y despues de haber trepado la cúpula del Góúter, bajamos hácia la gran llanura. Llegados allí, teníamos á nuestra izquierda un bar-

ranco que tiene por lo menos sesenta piés de anchura y ciento veinte de largo ; á la derecha la cuesta del Monte Blanco que se elevaba en vertiente rápida á la altura de mil piés sobre nuestras cabezas ; á nuestros piés doce ó quince pulgadas de nieve reciente y fresca caía durante la noche y en la cual nos hundíamos hasta las rodillas. Acabábamos de entrar en las ventiscas y el viento amenazaba ser cada vez mayor y mas fuerte á medida que subíamos ; nuestra marcha sobre una sola linea se hacia de esta manera : Augusto Terre marchaba el primero, Pedro Carriez el segundo, y Pedro Balmat el tercero ; despues seguian detrás Mateo Balmat, Julian Devoisson y yo ; á seis pasos de distancia, poco mas ó menos, nos seguian David Coutel y José Folliguet, y detrás avanzaban los últimos á fin de que se aprovechasen del camino que nosotros les trazábamos, el coronel Anderson y el doctor Hamel (1). La precaucion que habíamos tomado para salvarnos, fué probablemente la que nos perdió : al marchar en linea recta cortábamos como con la reja de un arado aquella nieve blanda y reciente que todavía no tenia consistencia ; por otra parte, la pendiente era demasiado rápida para mantener el equilibrio, así es que debió resbalsarse.

(1) Este órden de marcha no era inspirado por las circunstancias, y si solo una costumbre de los guias adoptada para preservar en lo posible de todo peligro al viajero. De esta manera se concibe que si hay algun barranco oculto en el camino ó se rompe alguna capa de hielo demasiado delgada, el accidente que pueda ocurrir lo sufre uno de los once guias que preceden al viajero y no este que marcha sin peligro ni cuidado por una senda abierta y trillada.

En efecto, de repente oímos un ruido sordo como el de un torrente oculto, y al mismo instante desde el alto pico hasta el sitio en que nuestros pasos habian abierto un camino de diez ó doce pulgadas de profundidad, la nieve hizo un movimiento; inmediatamente ví cuatro de los cinco hombres que me precedian caer con los piés al aire; uno solo me pareció quedaba de pié; despues sentí que las piernas me flaqueaban y caí gritando con toda mi fuerza: ¡ *La avalancha! estamos perdidos!!!*... Me sentí arrastrado con tal rapidez, que rodando como una bola debí haber corrido el espacio de cuatrocientos piés en el intervalo de un minuto. En fin, conocí que el terreno me faltaba y que mi caída era perpendicular; me acuerdo que me dije entonces: ¡ *Dios mio, tened piedad de mí!* y que al mismo tiempo me encontré en el fondo de un barranco tumbado en un monton de nieve, en donde casi al mismo tiempo y sin conocerlo oí precipitarse otro de mis compañeros.

Quedé un instante aturdido por la caída, despues oí encima de mí una voz que se lamentaba, era la de David Coutet.

— ¡ Oh mi hermano, mi pobre hermano! decia, mi hermano está perdido.

— No, le grité, héme aquí, David y otro conmigo; ¿ Mateo Balmat ha muerto?

— No, valiente, no, me respondió Balmat, estoy vivo y héme aquí para ayudarte á salir. Y en el mismo instante se dejó resbalar á lo largo del barranco y cayó cerca de mí.

— ¿ Cuántos se han perdido? le pregunté.

— Tres, puesto que hay uno contigo.

— ¿ Cuáles son?

— Pedro Carriez, Augusto Terre y Pedro Balmat.

— Y á esos señores, ¿ les ha pasado algo?

— No, á Dios gracias.

— Pues bien, probemos á sacar de aquí al que yo he visto caer conmigo y que no debe estar lejos.

En efecto, al volvernos descubrimos un brazo que salia fuera de la nieve; era el de nuestro pobre camarada. Tirámosle del brazo para descubrir su cabeza que estaba tapada con la nieve; aun no habia perdido el conocimiento, únicamente no podia hablar y tenia la cara amoratada como un asfixiado; no obstante, al cabo de algunos segundos se puso en pié, mi hermano nos echó una hacha con la que abrimos escalones en el hielo; llegados á cierta altura, nuestros camaradas nos alargaron sus palos, y tiraron de nosotros.

Apenas estuvimos fuera del barranco, vimos al coronel Anderson y al doctor Hamel, que nos dieron las manos diciendo:

— Vamos, valor, ya se han salvado dos, tambien salvaremos á los demás.

— Los demás están perdidos para siempre, respondió Mateo Balmat, porque aquí es donde yo los he visto desaparecer; nos condujo entonces hácia el centro del barranco y vimos que no habia esperanza alguna de salvarlos; nuestros desgraciados amigos debian tener sobre su cabeza mas de doscientos piés de nieve.

Mientras escarbábamos con nuestros palos, contó cada uno lo que habia sentido. Cuando caímos,

Mateo Balmat fué el único que se quedó en pié. Era un mozo de prodigiosa fuerza, de modo que así que vió que la nieve recién caída resbalaba, clavó su palo en la nieve helada, que había debajo, y levantándose á fuerza de puños, en menos de dos minutos vió pasar por debajo de sus piés aquel alud de media legua que arrastraba á su hermano y á sus amigos con un ruido como el trueno : por un instante creyó que él solo se había salvado, porque de diez que éramos él solo permanecía de pié.

Los primeros que se levantaron fueron los dos viajeros.

Balmat les gritó :

— ¿Y los demás ?

En aquel momento David de Coutet se puso en pié.

— A los demás los he visto rodar por el barranco. Corriendo hácia ellos tropezó con el pié á David Folliguet que estaba aun aturdido de la caída. Aquí hay otro, me dijo; pero cinco solamente faltan y entre ellos mi hermano, mi pobre hermano! Y como yo le oí le respondí desde el fondo de mi barranco : Aquí estoy, hermano, aquí estoy.

Todo cuanto buscamos y cuanto hicimos fué inútil, como presumíamos ya antes; pero sin embargo, no pudimos determinarnos á abandonar á nuestros pobres camaradas, aunque hacia ya dos horas que los buscábamos. A medida que el día se adelantaba, el viento se hacia mas helado; nuestros palos, que nos habían servido para sondear, estaban llenos de hielo, y nuestros zapatos duros como madera.

Entonces Balmat, desesperado de ver que nuestros esfuerzos á nada conducían, volvióse hácia el doctor Hamel.

— Y bien, señor, le dijo : ved ahora si somos cobardes. ¿ Quereis ir mas lejos todavía ? estamos prontos.

El doctor respondió dando orden para volver á Chamouny; en cuanto al coronel Anderson, retorcíase los brazos y lloraba como un niño.

— He hecho la guerra, decia, he estado en Waterloo, he visto las balas que arrancaban de las filas largas hileras de hombres, pero de hombres que estaban allí para morir..... mientras que aquí..... Las lágrimas le cortaban la palabra. — No, añadía aquel buen militar, yo no salgo de aquí de ningun modo hasta que se hayan encontrado los cadáveres á lo menos. Lo sacamos de allí á la fuerza, porque la noche se acercaba y era ya tiempo de bajar.

Al llegar á las Grandes-Mulas encontramos á los otros guías que subían provisiones; traían consigo dos viajeros mas que contaban reunirse con el doctor Hamel y el coronel Anderson; contámosles nuestra desgracia, y nos volvimos tristemente hácia el lugar, á donde llegamos á las once de la noche.

Afortunadamente los tres infelices que habían perecido no eran casados; pero Carriez mantenía una familia entera con su jornal.

En cuanto á Pedro Balmat tenía una madre, pero la pobre mujer no estuvo largo tiempo separada de su hijo, murió á los tres meses despues de su muerte.